El Estruendo de las Chicharras

Pedro Vicente Oropeza Itriago

Image not found.

Capítulo 1

EL ESTRUENDO DE LAS CHECHARRAS

1

Muchas imágenes de su pasado se le venían a la cabeza a Alberto, a finales de la primera década del siglo XXI cuando tuvo que bajarse del metro en la estación Altamira, al producirse una avería que lo obligó a descender del vagón y no pudo llegar a la estación Parque del Este. Este evento sucedió en una de sus visitas a Caracas que había tenido que hacer por motivos de salud para tratarse un padecimiento cardiovascular que se le había presentado a raíz del viaje definitivo fuera del país de sus dos hijos menores, subiendo las escaleras eléctricas desde el andén se percataba del deterioro que había sufrido este servicio de transporte, que pocas décadas atrás era un ejemplo en Latinoamérica, luego de llegar al primer nivel salió por uno de los torniquetes justo frente a la caída artificial de agua que viene desde el cobblejo de la Plaza Altamira. Al salir, se quedó estallado viendo caer el agua, apoyado en la baranda y se le fueron presentando cinematográficamente varios recuerdos seguidos y de diferentes épocas, de todos los pasajes que había escuchado, habían acontecido en ese mismo lugar y en los alrededores de allí, cuando aquel ámbito había sido su vecindario. Todo motivado por un reflejo inconsciente de un ejercicio que le había recomendado su amigo psicólogo, "Los problemas cardiológicos así repentinos es probable que tengan un origen emocional, el motivo de tu tristeza debes buscarlo en asuntos que seguramente deben haber sucedido mucho antes del viaje de tus hijos, probablemente en tus remotos años de la infancia".

"La orquesta sonaba a todo dar un sábado de aquellos en que a la Plaza Altamira se vaciaban el espejo de agua y convertían esa superficie en una pista de baile para todo público. Allí se congregaban cantidades de almas con ansias de celebración de cualquier cosa en la Caracas próspera de los años cincuenta. A pocas cuadras de allí, La Señora Matancera no paraba de tocar porque la audiencia continuaba pidiéndole a Celia Cruz canciones que sonaban en la radio y ya todo el mundo conocía. Aquella pequeña agrupación musical tenía un ritmo fabuloso y se estaba dando a conocer internacionalmente, venía de Cuba y el espectáculo se estaba llevando a cabo en un área abierta en el Conroy Island de Los Palos Grandes. Entre esos dos lugares se debatía la salida semanal de Emilia,

una española que, como muchas en aquella época, había venido a trabajar en una casa de familia. Aquella madrugada, después de haber dejado las tapas de los balcones en las piscas de baile y asombrado por la alegría desbordante que transmitía esta ciudad que ahora era su nuevo lugar de residencia, justo cuando estaba entrando a la quinta donde trabajaba a pocas cuadras de los acontecimientos, ya de regreso de las fiestas, se sorprendió porque a aquella hora, todavía oscuro, estaba saliendo con las luces prendidas el carro de los señores de la casa. Se les acerca con cara de asombro y se produce un diálogo:

- ¡Hola Buenos días Emilia! Vamos saliendo para la clínica, a la señora se le presentaron novedades del parto. Te llamamos más tarde para saber cómo andan las cosas por aquí.

- ¡Buenos días! Les deseo que todo salga bien. ¡Me avisar! ¡Mucha suerte! Emilia entra a la casa y todavía aturcido por la música de la plaza que se sigue escuchando a lo lejos. Su cabeza no paraba de pensar en los diferentes temas que le han tocado vivir desde que llegó a Venezuela. Ahora va a hacer el nuevo bebé y hay que tener la cuenta por las reacciones que sucederán para las celebraciones de la familia. Pensaba para sus adentros sorprendida de lo alegre que es este país recordando las fiestas en las que había pasado la noche. Entra a su cuarto y comienzan sus remembranzas habituales de su España natal, la nostalgia se le viene encima, su familia en aquel pueblo de donde son todos ellos y el trabajo que están pasando con motivo todavía de la posguerra. Se acosta y la cabeza seguía dándole vueltas con esos pensamientos tristes y alegres combinados. Al día siguiente, estaba sola en la casa porque el niño se lo habían llevado donde sus abuelos. Decidió poner orden y hacer una limpieza general. Se daba cuenta que el motivo de regreso prematuro de la familia desde Europa comenzaba a entenderlo. Ya todos los muebles estaban en el lugar que había sido pensado desde el momento en que se compraron y ella había sido testigo de todo eso durante el viaje del cual había muy poco tiempo habían llegado. En aquellas labores se le fue casi todo el día, al final de la tarde replicó el teléfono y era la hermana de la señora para decirle que el parto se había retrasado, que estaban haciendo exámenes y que lo más seguro era que el bebé naciera al día siguiente.

"Aquel lunes, la actividad en la casa de la familia López comenzó desde muy

temprano porque estaba llegando el personal que hacía diversas funciones. El primero fue Higuito el jardinero, quien se levantaba de madrugada para llegar a la hora porque venía desde lejos, por la vía de los Valles del Tuy, el carrito de él por ese jardín era muy especial por cuanto muchos de esas matas las había sembrado con sus propias manos cuando en esa casa vivían los antiguos dueños quienes la construyeron."

"Al poco rato llegó Martínez el pintor quien venía de Petare, era nativo de allá y también era del personal heredado de la antigua familia propietaria de la casa. Los otros que estaban esperando y llegaron a mitad de mañana, eran el Sr. Kreisman y su mujer, quienes tenían a cargo la colección y el montaje de las cortinas y candelas con las telas que la familia había traido de su viaje. Emilia estaba a cargo de coordinar toda la actividad y de facilitarles a cada uno agua y alimento a fin de que estuvieran cómodamente en sus habitaciones con el objetivo de que la casa estuviera impecable para los eventos previstos. Mientras, ella preparaba el almuerzo y terminaba de planchar la ropa."

"El estruendo de las checharras era ensordecedor aquel medio día en casa de los López y la muchacha de servicio terminaba de preparar el almuerzo, mientras Higuito pedaba las las tachetas en la cenefa de la ventana de la sala. De pronto Emilia se aproxima a la ventana de la cocina y llama a comer a los conmensales que están afuera y a los adentro les hace un gesto desde la puerta para que pasen a la mesa. Ese día, les preparó sopa de arroz como la que le hacía su madre y un asado de legarito con quinchocho, como le gustaba al señor de la casa. Los cuatro se sentaron en la mesa de la cocina y en su dinámico lenguaje aquel almuerzo, todos le fueron preguntando si había noticias de la clínica, se vieron las caras, - No, han avisado nada. Comento Emilia. En vista de la respuesta negativa y cambiando el tema de conversación sobre nacimientos, Zolla se animó a hacer un comentario, de manera interrumpido, por su propia forma de hablar defectuosa por problemas de un padecimiento crónico neurológico que padecía: "La co mida e está m muy s sabrosa Emilia e, como siempre!" Y así continuó con sus imitaciones de lenguaje, tratando de narrar como podía, la historia de ellos, como pareja y de cómo se conocieron en el Palacio de Miraflores, el Sr. Kreisman la

ayudaba a echar el cuento con su acento alemán, mientras almorzaban en una historia que el relator amplía para dar una idea del momento histórico de la escena."

"Corrían los tiempos de la época del gobierno de Medina. Hay mucha alegría en el ambiente porque los aires de democracia están exaltando la opinión pública y la familia presidencial corre por el lado del General como por el de su esposa se muestran especialmente alegres. La calma familiar, andra de él y la familia y amigos llaneros de Caracas, la desfiló, escarava ese entonces el erroro inmediato y la esfera social de mayor influencia en la sociedad caraqueña de la época.

En el Palacio de Miraflores se disponen a remodelar todos los salones para que sirvan de escenario de los grandes eventos políticos, pero al mismo tiempo también sociales. En los salones se encuentran y se hacen las paces las familias que años antes estuvieron afectadas y separadas por los golpes de lo que implicó el estilo dictatorial de gobierno del General Gómez. El regreso de muchos de los que volvían del exilio, enriquecia la sociedad con aires de cultura moderna internacional y esta se transformaba muy rápidamente. Caracas se reorganizó desde el centro con el proyecto de El Silencio y hacia la periferia en urbanizaciones elegantes como El Paraíso, la Florida, El Country Club, La Castellana, Altamira, etc..

Producto de la Segunda Guerra mundial a Venezuela y especialmente a Caracas la ciudad nueva, se llenó de inmigrantes jóvenes de todas partes de Europa buscando paz y nuevas oportunidades. Entre ellos la familia Kreisman procedente de Alemania, el Señor, la señora y sus dos hijos. Era de origen judío alemán que pudieron salvarse del holocausto de Hitler, saliendo fugados a tiempo con su familia por el puerto de Hamburgo con destino a Brasil. Sin embargo, por cambios circunstanciales en el itinerario del barco, este paró en la Guaya por asuntos de emergencia, los pasajeros se vieron obligados a desembarcar, cambiándose así el destino de este grupo familiar, a quienes, para el resto de su estancia en La Guaya y luego en Caracas, les quedó esta añoranza en su desmemoria. La frustración en este sentido marcó en un principio su estado de ánimo, aunque esto fue superado con el tiempo, mucho más en él, que en ella que siempre sintió la nostalgia del encuentro con amigos y familiares que llegarían también a Río de Janeiro y ya planeaban una estructura familiar común en aquella ciudad.

De familia distinguida amigos y él con un oficio de confección de cortinas, herencia de su padre, Wilmer comenzó a buscar trabajo en esta área sin mucho éxito, por cuatro las ventanas de la mayoría de las casas de la Caracas de entonces eran de estilo colonial y por la prisa de comenzar a tener ingresos, consiguió un empleo como ayudante de un carpintero y tapicero francés que se llamaba Monsieur Lévi, quien trabajaba en el Palacio de Miraflores.

Zola, aunque era de origen haitiano, nació en un caserío en las afueras de la ciudad conocida muy bien los portorriqueños de la vida en el pabellón por cuatro su mamá trabajaba allí, desde cuando Cipriano Castro era presidente, como cocinera. Nunca fue una más de la servidumbre, porque la esposa de Tarazona el guarda espaldas del General Gómez la adoptó de manera especial desde muy pequeña y le dio formación en una escuela para los empleados. Recordó perfectamente ya ella adolescente ayudando a su mamá, cuando este capitán Wilmer, asistente de Monsieur Lévi, se sentaba a comer en la misma mesa con ellos. También una vez que fue a llevarle café a los días y él le pidió que la ayudara a sujetar la escalera muy alta que era inestable. Al pasar el día moviendo la escalera de un sitio a otro junto a él, las miradas iban y venían los ojos negros auscultando ella se encontraban con los azules del alemán y así comenzó una atracción mutua. En los días posteriores, Wilmer se las arregló con Monsieur Lévi, a fin de que le cediera permiso a la mamá de la muchacha para que ésta lo ayudara, por cuatro a él sólo, se le dificultaba el montaje de las cortinas. De tal manera que la ayuda de Zola comenzó a ser estable en el espacio de trabajo. Las miradas y gestos especiales continuaron y ya el asunto se volvió un romance, que con los días, del coqueteo pasaron a las caricias involuntarias. Con la ardua del trabajo y la frecuencia de compartir juntos, la cosa se fue ensamblando. Un día, cuando quedaron solos en una de las salas de espera que casi nadie usaba, una tarde casi de noche, mirados unas con otras, la atracción entre los muchachos resultó irrefragable y llegó a su clímax, de manera que como resultado de un apasionamiento involuntario, los dos se entregaron al amor en una sala Ludo XVI, a puerta cerrada y de ahí en adelante no pudieron separarse más. Ella lo adoptó prácticamente como a quedarse a dormir cada vez con más frecuencia en un rincón debajo de una escalera de servicio, donde ella le acomodaba una cama de campaña. También recuerda cuando a Wilmer un día en el que tenía mucho trabajo, se presentaron al palacio, su esposa con sus hijos para despedirse de él

porque ella había tomado la determinación de dejarlo y seguir ruta a Brasil donde estaban sus familiares, él lo despidió muy trágico y concurrió sus labores. Desde aquel instante, la nueva pareja se comprometió aún más y comenzaron a llevar una vida juntos, él en su especialidad y ella como su ayudante. Todo este cuento viene al caso porque al poco tiempo Zola quedó embarazada y a pesar de que las cosas iban muy bien, ella todo el tiempo seguía trabajando incluso con la fatiga, hasta que un día un cuadro de tisis de cortina que tenía en su piso y ella trató de moverle la escalera al momento en que tenía que agarrar el martillo, tuvo un desmayo se cayó al piso. En la noche como consecuencia de la caída, se le presentó una hemorragia y tuvieron que llevarla al hospital. El resultado de aquel accidente fue nefasto porque había perdido al bebé. Nunca pudo resolver el trauma que le produjo aquel acontecimiento, a tal punto que somatizó aquella pérdida con un trastorno neurológico que le produjo temblores. Se hizo exámenes de diversa índole y no daban con el origen del problema, hasta que aquel malista se lo hizo crítico y los médicos le diagnosticaron aquella enfermedad en forma de Parkinson. Desde ese momento, el tema de los embarazos y nacimientos para ellos, se les hacía muy difícil y no querían ni escucharlas.

"Aquella historia dejó perplejos a todos en la sobremesa del suculentísimo almuerzo, el postre de dulce de leche terminó de comérselo en silencio absoluto cada uno del grupo. Emilia mientras recogía los platos comentó:

- La verdad es que nunca había escuchado una historia tan dramática, yo pensaba que mi trauma con la guerra civil española y la muerte de mi hermano que asesinaron "los rojos" allá en mi tierra, era insuperable, pero ya veo que no."

Salió de la estación de metro rumbo al consultorio del psicoterapeuta y se fue andando por la acera de enfrente de la plaza en sentido este y pudo observar en la distancia, como había cambiado aquel perfil urbano en todas esas décadas transcurridas. Era increíblemente diferente el trabajo mental que hacía su cerebro de trasladarlo a su infancia, por cuatro por aquella avenida había transitado de diversas formas, en carro, en bicicleta y a pie, en distintas épocas de su vida, pero sobre todo en su infancia, cuando iba para el colegio. Estaba asombrado por cuatro se trasladó específicamente a los años cincuenta, que aunque estaba muy

pequeño, pudo seguir virtualmente aquel eje de diversión nocturna, que aunque no lo vivió directamente, sí lo asociaba a los cuartos de Emilia cuando recorría aquel trayecto entre el sitio donde se ubicaba el Conney Island, donde actualmente está construido el edificio HPS, hasta la Plaza Altamira, y no podía captar como por ahí mismo pasaban de madrugada personas celebrando para trasladarse de un baile popular urbano al otro que se llevaba a cabo a unos escasos trescientos metros, seguramente algunos se desahucen para comerse una tostada en Los Mijeros, un local al que sí visitó numerosas veces. Ubicado debajo de aquellos grandes edificios que todavía existen. Era imposible de imaginar las referidas escenas, sobre todo por cuatro los conceptos de seguridad eran otros, nadie se preocupaba respecto. Seguir recordaba, para ese entonces los casos no tenían ni siquiera muros en los límites, solamente unas delimitaciones bajas, a veces consetes de algunas plantas.

El tráfico y el ruido de las camionetas por puesto tenían a Alberto desconcertado en la Avenida Francisco de Miranda mientras caminaba hacia Los Palos Grandes donde quedaba el consultorio de su amigo psicólogo, su asombro continuaba por cuatro su colegio, donde estuvo toda la primaria y bachillerato le quedaba muy cerca, recordaba cuando desde la ventana del salón de clase percibía la misma vista por donde transitaba en aquel momento. Cuando llega al semáforo, se recuerda como era aquella esquina originalmente por cuatro desde que tenía uso de razón la conocía. Aprovechó que su tiempo no estaba tan paralizado con la cita que tenía y se sentó en un banco de una parada de autobús, ver pasar los carros y meditar al respecto, se quedó pensando para sí mismo: Lo primero que recordó fue la imagen del Loco Raton, una montaña rusa muy alta sin vagones, solo carritos individuales, similares a unos ratones lo veía desde el colegio y al mismo tiempo, los cuartos de Emilia cuando salía con los amigos españoles a bailar en la plaza central de ese mismo Conney Island los sábados por la noche. Este porque lo recordaba perfectamente por cuatro era de sus distracciones favoritas de cuando era niño, contaba con dos programaciones, una diurna, para disfrute de menores de edad y adultos, y otra nocturna, solamente de espectáculos musicales y baile para mayores. Tenía el recuerdo como una fotografía, es más, pensaba que podía dibujar un plano con la distribución de todos las atracciones. "Al entrar, por la segunda avenida, a mano izquierda quedaban los carritos checoses, ahí mismo estaba una plaza de distribución con

un escenario que era la pista de baile nocturna, a la derecha el rotor, más al norte por aquella misma avenida estaba el carrusel, el tren fantasma y los espejos deformantes, al frente la rueda amarilla y las tazas giratorias al lado y por allí mismo al final quedaban el loco ratón y los pony. La máxima experiencia fue cuando me monté con mi tío en el rotor que era solo para adultos, aunque hicieron una excepción conmigo porque venía acompañado, daba vueltas a toda velocidad y quedaba uno suspendido en el aire, sin piso. La impresión fue tan grande y aquel mareo, que, con la risa, cuando me bajé, ya afuera, terminé vomitando".

Las cornetas despertaron a Alberto de aquella especie de sueño, se quedó mirando y le parecía imposible la transformación de aquel espacio urbano en el tiempo, con la furiosidad y la impresión por el cambio de ambientes, de aquel campo donde vive, a la capital. Se vino entonces mentalmente, un poco más cerca en el tiempo, a principios de los años sesenta, después que desmontaron el Conney Island y se lo llevaron fuera del país. Para él, como para la mayoría de los caraqueños, aquello fue algo muy doloroso. Al poco tiempo construyeron el cine Carriña y el Bowling Pin S, dentro de un centro comercial muy particular, todo en ladrillo a la vista, donde uno se distribuía por rampas al aire libre a lo largo de los tres niveles, había también un supermercado Gada, cuyo anuncio lo veíamos igualmente desde las ventanas de los salones de clase, era toda una distracción, ver lo llamativo de aquella forma polidéica novedosa, la primera en la ciudad. La cartelería del cine también se observaba y se podía hacer planes, con los compañeros para el fin de semana. A veces al salir de los exámenes finales, nos íbamos en grupos para desahucar en la fuente de soda. Recordó las primeras películas como "La Conquistadora del Oeste" y "El Mundo está Loco, loco, loco", más adelante "Thelma con Steve McQueen" y a los pocos años "Love Story" yendo con la primera novia o casi-novia. También la discoteca Silver Ball, en la planta baja del cine, muy de moda en los inicios de la carrera universitaria. La demolición con dinamita de aquel hermoso centro comercial que primero sufrió los daños de un incendio insuperable fue un acontecimiento muy triste para todos los vecinos, quienes lo presenciaron y algunos hasta lloraron su desaparición en medio de escombros, muchos recuerdan aquel acontecimiento con nostalgia.

Las banderas y los pitos de algunos de los transeúntes que asistían a una concentración opositora con gorras tricolores sacaron de su distracción a Alberto

quien de pronto se paró del banco donde se encontraba sentado. Cuando acordó, todo aquel espacio se llenó completamente de gente protestando contra el régimen dictatorial. El edificio HP, también Parque Cristal y los de la periferia quedaron eclipsados: ante tal turbulencia, Alberto aprovechó un semáforo peatonal en verde y cruzó la avenida para empujarse unas dos cuadras hacia el norte donde lo esperaba su psicólogo. Subiendo por la cuarta avenida de los Palos Grandes, ya aproximándose al edificio, enfocó la mirada en el Cerro Avila, el día estaba muy despejado, una sola nube atravesaba el verde de la montaña por completo, dos cazares de guacamayos azules la cruzaba, era de postal aquella imagen.

Higinio y Martínez volvieron al jardín, cada uno preparándose para retomar sus actividades, mientras comentaban la historia de los Kriemhan: se sentaron bajo la sombra de la mata de mango, cada uno en un extremo, así se quedaron reposando un rato aquel extraordinario almuerzo, escuchando el estruendo de las chicharras.

"La chicharra o cigarra común (Egao nombre científico es Cicada orni) es famosa por su sonido, que no canto. Porque las cigarras como los grillos no cantan: estrujan y al igual que sus parientes de la noche, solo lo hacen machos. Pero no lo hacen con la boca, sino gracias a unos sacos de aire, situados en el abdomen, que inflan y desinflan a través de unas membranas a las que los entomólogos denominan tirabuzos, y si es cierto la potencia de ese característico rechinar, que para algunas personas puede resultar ciertamente molesto, se incrementa con el aumento de las temperaturas. Por eso nos parece que las cigarras sueñan con mayor intensidad durante las olas de calor y en las horas centrales del día.

El sonido emitido por los machos puede ser captado por las hembras a más de un kilómetro de distancia. Así, las cigarras macho estrujan en función de si pretenden marcar territorio ante sus competidores, o si desean atraer sexualmente a las hembras, o si lo hacen en señal de alarmar."

"Aquella tarde, con una luz amarilla brillante que parecía de un filtro especial que habían puesto ante mis ojos. Mi papá me fue a buscar a la casa de mis abuelos y me visitaron de manera especial. El motivo de mi visita era ir a conocer a mi hermano que había nacido en la mañana. Me fué de la mano con él, nos

montamos en el Chevrolet Bell Air azul del 52 y asomado por la ventanilla como me gustaba, nos fuimos por aquellas calles de San Bernardino hasta llegar a la clínica. El olor de aquel ambiente quedó adosado a mi memoria de manera inolvidable, más adelante me venía a la mente cada vez que me ponían una inyección. También se me asemejaba al de la creolina con la que lavaban el patio posterior de la casa. Abrieron una puerta muy grande gris y ahí estaba él en una cuna pequeña de madera. Un bebé bellísimo, con un huyuelo en la barbilla que mi mamá siempre recordaba. No paré de observarlo. - ¡Jés tu hermanito! ¡Jés llamo Joaquín Antonio! Me digo mi papá". Programaba mentalmente esta historia Alberto subiendo por la avenida, mirando El Avila.

2

- ¡Dale! ¡Dale duro a ese cojín! ¡Descarga toda la rabia que tienes contenida con él o con ella! ¡Grítale a ese ser querido toda la rabia que te produjo! Ese es un ejercicio magnífico que hace salir todas esas emociones reprimidas. Le decía su psicoterapeuta a Alberto aquella mañana en su consultorio. El solamente gritaba, gritaba y goteaba, pero no tenía la fuerza para pronunciar palabra porque le producía mucho dolor con aquella persona que en medio de toda había querido tanto. La tristeza se le presentaba y lo consumía. Hasta que de pronto comenzó a soltar todo.

- ¡Yal jño me pegues más, no te permito que me vuelvas a pegar! Gritaba. ¿Crees que con eso me vas a convertir en una persona perfecta? ¿Que crees! ¡Vas a quitarme todos mis defectos? ¡Cuál es tu rabia conmigo? Y seguía golpeando aquel cojín.

Terminado el ejercicio, siguieron conversando sobre el tema de los viajes de los hijos de Alberto. Carlos le decía: - Date cuenta, lo que pasa es que aquí además de que corren mucho riesgo los muchachos por la inseguridad, no tienen una perspectiva de vida, con este régimen que coarta todas las posibilidades de que se desarrollen. Uno tiene que apoyarlos en su determinación y desearles que les vaya bien.

Había terminado la sesión. - Ese ejercicio lo puedes repetir en tu casa cuando te sientas abrumado. Te ayuda a liberar tensiones y te hace sentir mejor por las noches de esas molestias que se te reproducen en el pecho. Le decía Carlos.

Algo muy bueno también es escribir la historia de tu vida. Todos los días procura escribir un poco, como si fuera un diario, solamente que no es el recuerdo de cada día sino más bien lo que tengas en tu memoria. Sobre las emociones de cuando eras niño, puedes escribirles también una carta a tus seres queridos, aunque ya no estén en este mundo. También dibujar imágenes que te recuerdes, es un método interesante. - ¿Te acuerdas de mi hijo? Que es artista plástico. El que está ahora mismo en el extranjero también. - Sí, por supuesto! Bueno, fíjate este dibujo que tengo aquí, él lo hizo cuando tenía como diez años y era una escena familiar de nosotros en esa época. - ¡Que bien se expresaba tan pequeño con el dibujo!

Alberto aprovechó que todavía es temprano y se dirige a pie de nuevo a la Plaza Altamira para tomar el metro bus que lo lleve a Basseo Las Mercedes, desde donde caminará al Urológico San Román donde es su cita con el cardiólogo y así completará su tour de deberes de salud que vino a resolver a la ciudad capital. Por el camino a proveerá para almacenar algo.

- ¡La tensión la tienes bastante bien! y fíjate los resultados del electrocardiograma, no tiene irregularidades. - Vamos a hacerte una prueba de esfuerzo. - Móstrate en esa caminadora eléctrica. - Te la voy a prender para que te ejercites un cuarto de hora, te haré cambios de velocidades y luego te tomemos la tensión otra vez. El médico lo vuelve a tocar, hace anotaciones, espera los resultados definitivos del electro, los ve detalladamente con la luz natural de la ventana. Se sienta de nuevo a su lado y le dice: - En vista de los resultados, lo que te puedo recomendar es que te puedes inscribir para que participes el próximo año en el maratón de Nueva York, puedes comenzar a entrenar desde ahora mismo cuando llegues a tu pueblo, donde te fué a vivir. ¡Porque estás perfecto! Esas molestias y la subida de tensión que se te produjo fueron absolutamente emocionales, orgánicamente no tienes nada. Alberto se niega de las recomendaciones, le comenta que él practica escalada y le agradece al doctor, quien es conocido de la familia desde hace mucho tiempo. Sale del consultorio y toma su vía de regreso, a pie por la calle Chivoa de San Román, ahora bajando aquella cuesta que fue todo un esfuerzo

subir.

En la vía de regreso. Al cruzar la esquina, detrás de unos arbustos, logra reconocer aquella casa, y se detiene para confirmar si realmente era la misma, se para justo en frente y hace finalmente consciente que en esa quinta había sido la celebración de su Primera Comunión en el año 1928. Aquel fue un día muy especial, desde la calle se podía observar el jardín de la casa a través de unas rejas que antes no existían. Todo se veía prácticamente igual a un sábado de mayo de hace casi cincuenta años. Su imaginación le permitía reconstruir toda aquella escena al más mínimo detalle. El garaje había sido descubierto de carros para aprovechar el espacio y colocar más mesas, había un sol radiante, el color predominante era el blanco y algunos colores pastels, había mesoneros sirviendo el desayuno, las chicharras sonaban a reventar, los abuelos también jugaron un papel protagónico ese día porque era su aniversario de bodas, ese mismo día y aprovecharon para celebrarlo. En todo caso, toda aquella fiesta para los cuatro que hacíamos la primera comunión tampoco era lo más importante en mi recuerdo. Tal como me decía Carlos, "había que buscar la manera de darse cuenta de las cosas". En aquella escena se vivieron a la muerte a Alberto assures que le parecían contradictorios, pero que por su misma historia y su ejercicio de salud los encontraba importantes. El primero de ellos es que había algo que sucedió previamente, cuando amaneció, ese mismo día de su comunión, que marcó su infancia. Aquella mañana muy temprano, casi oscuro todavía, Emilia, todo los días de su mamá y los de él, para despedirse porque se iba definitivamente de regreso para su España natal. Se estaba cerrando un ciclo para él de malos noticias, ya varios integrantes de la familia habían desaparecido de su vida por un motivo u otro, unos muertos, otros inválidos y ahora se le presentaba este viaje inesperado de alguien a quien quiere mucho y él sentía un temor de que sus padres se fueran también de su vida y lo dejaran solo. Emilia era muy especial, una persona muy importante que él sentía integrante de su grupo familiar, dos tercios partes de su vida hasta ese momento la había vivido con ella. Lo otro que sucedió fue algo muy raro que no terminaba de comprender, era el hecho de que el sábado anterior había sido la primera comunión de todos sus compañeros de clase, en otra iglesia, con otro cura y con otra vestimenta. Lo más extraño era que ni él ni su mejor amigo Emilio la hicieron con ese grupo. Su mamá que era muy rigurosa y buscando la perfección en las tradiciones religiosas, no se

adaptaba a las normas que en ese sentido instruya el director del colegio y ella no las incitaba, y creó un grupo aparte de dos sobrinas, una de ellas su hija, Alberta y Emilio. Convenció a la mamá de su amigo, les compró un traje diferente, bastante esmerado por cierto y aquel hecho quedó entonces en su memoria como un ruido incomprensible que no terminó de decir sino muchos años después. Igualmente le sucedió a Emilio y al resto del curso donde estudiaba. Todo esto por las mismas contradicciones que su madre tenía con respecto a sus decisiones con respecto a ese hijo que era todo para ella, que tenían que ver con su propia historia. Ella creía que el Colegio cuyo director había sido ministro del gobierno de Medina, formado en Francia, igual que las marjas de su colegio, pero con tendencia comunista, según se rumoraba y fue guerrillero contra el gobierno de Gómez, en el cual su tío había estudiado como maestro. No quiso que estudiara con los jesuitas porque en su opinión eran muy absorbentes.

El almuerzo en el restaurante Da Ricci, en la segunda avenida de los Palos Grandes, sentado en una mesa frente a la puerta de vidrio que abría y cerraba cada vez que entraba un comercial, desde donde podía observar de manera intermitente la entrada de la barbería donde José le cortaba el pelo a su padre y más allá, fuera de foco, la esquina donde una vez existió el cine Carlota, ese medio día le permitió revivir épocas muy sentidas. Lo primero que se le presentó como flash back fue aquella explosión terrible producida para demoler aquel centro comercial. Él recordaba haberla presenciado, a pesar de que hubo barricadas con la policía, él se había ubicado en un lugar estratégico sobre un muro y pudo ver todo en detalle. Colocaron cargas de dinamita en cada una de las columnas y cuando activaron el detonante aquella edificación se desplomó en un instante y se formó una nube de humo que tuvo como eco el llanto colectivo de todos los observadores que eran un gentío.

En el cuarto de música de aquella casa grande, había también un estudio de radioaficionado y desde afuera se podía observar la antena muy alta que permitía las comunicaciones. El hombre era de origen extranjero, hablaba muy bien el español, aunque con acento. Cuando se aproximaron los invitó a entrar. Era una pareja contemporánea con él, pero racionales, como su propia esposa que también era. Fue esa ocasión la primera vez que se veían. El objetivo de aquella visita era hacer una llamada telefónica a larga distancia, con el fin de que estos señores pudieran tener comunicación con su hijo que se encontraba de viaje en

un país vecino. La conversación se logró después de intentos continuos. - ¡VIVE ESPERANZA! ¡CONSEJO CRONICO!. Repetía varias veces este señor, procurando entablar con otros colegas hasta llegar al país vecino. Había muchos ruidos de interferencia. Una vez logró la comunicación, la bocina y los audífonos se la pasan a la señora madre del joven.

En la habitación de música se hablaba de diversos temas y la conversación telefónica seguía y él del otro lado explicaba motivos por los cuales no iba a poder quedarse a estudiar por allá. Es el mismo que narra esta historia de la familia, que estaba pasando inconscientemente desapercibida y con el ejercicio de su psicólogo, salió a flote en su memoria, lejana y adquire valor, en los destinos de quienes estaban involucrados, entre ellos el mismo. Transcurrió el año 1970, La universidad había sido cerrada por el ejército. Para aquel momento Rafael Caldera era el presidente de la República en su primer gobierno. El ruido que producía la señal radiónica no permitía escuchar, aunque en la realidad él, del otro lado lo que más deseaba era hablar, no con su madre, ni con su padre, sino llegarle al oído de la hija del arañón radioaficionado, quien era el amor de su vida y no se había atrevido hasta el momento de poder expresárselo. Aquellas escusas de no quedarse a estudiar tenían que ver mucho con ese asunto no resuelto que tenía entre manos. Lo que de verdad deseaba era aprovechar aquella llamada y decirle todo lo que la quería y necesitaba estar con ella y de verse juntos a estudiar para aquella ciudad. Las señales de radio no ayudaban con aquel ruido, pero era mucho más fuerte el ruido que de aquel lado había de hacer público ese sentimiento tan fuerte, todo empapado por una amistad de familias que no se había establecido en lo fundamental, nunca él supo cuál de sus familiares o amigos había producido esa gestión tan inoportuna para comunicarse con él por esa vía, fue una sorpresa, había una especie de ayuda, pero también de sabotaje inconsciente generalizado que percibía. Lo que más deseaba era una vida propia, independiente de todos aquellos progenitores, para casarse con aquella muchacha a quien deseaba para él. El mayor ruido que se percibía era el de nuestros padres entre ellos conociéndose y celándose prematuramente, no fuera a ser cosa que el hijo se quedara con la niña preferida de los tantos otros hermanos. Lo mismo se percibía del otro lado, los padres del viajero pensando que aquella familia tan grande absorbería a este nuestro único basilio. Fue último ruido que ponen las gallinas que se les, estaban escapando y saliendo de las

manos. Todo esto se le vino a la memoria a propósito de su recuerdo del Cine Carlota y de la discoteca Silver Ball muy demorada en aquel principio de la década de los 70 y aquella bella niña había sido su acompañante individual. María Mercedes Sin embargo, no se atrevía casi ni tocarlo, era para él como una pieza de porcelana. De regreso de aquel viaje de reconocimiento, en un diciembre, en una patinita, agarrados de la mano, Alberto sacó fuerza de donde pudo y probablemente en el instante menos apropiado y de rompec y porrazo, sin un estudio previo de la situación, se le declaró con voz de pájico. De respuesta no pudo menos que recibir aquel mensaje individual de indiferencia. - Siempre te he querido como un gran amigo, no puedes pensar otra cosa."

El viaje de Emilia había cerrado un capítulo en la vida de Alberto. Higinio y Martínez cada vez venían menos a la casa por cuanto el país también estaba cambiando a pesar de que la relación afectuosa con todos siempre continuó y siempre iban de visita o almorzar de vez en cuando. En la quinta de atrás que él iba hacia la avenida principal, habían instalado una oficina de una institución de la nueva Junta de Gobierno que se denominaba Plan de Emergencia, esto sucedió después del golpe de estado que había derrocado la dictadura de Pérez Jiménez el año anterior. El señor López tuvo que poner una cerca de malla en el lindero con una empresa especializada, para que del volumen de gente que visitaban aquella oficina, impidiera que siguieran saltando por el seto que originalmente siempre existió, para acortar camino y le atravesaran extraños por el jardín de su casa. También había comenzado un cierto reformismo que posteriormente se acrecentó. Aquella empresa también prestaba servicio de jardinería, motivo por el cual Higinio dejó de prestar ese servicio. La crisis económica hizo su aparición y el padre de Alberto tomó por sus propias manos el mantenimiento de pintura y muchas veces se le veía al señor López montado en una escalera alta, con su pote de pintura y un sombrero de cogollo, pintando los techados de la casa. Hubo un momento también por el que a Martínez le dieron en propiedad los últimos juguetes de Alberto, tal como lo hacían todos los años, entre ellos aquel tan querido burro de peluche que quería tanto cuando estaba más pequeño. Los señores Kreisman si continuaron siempre visitando la casa, aunque no hubiera trabajos que hacer. Lo que había sido una relación de trabajo, se convirtió en un afecto mutuo de ellos con la mamá de Alberto y viceversa. Cualquier día de la semana, esporádicamente, tocaban el timbre, hacían visita, comían, conversaban y se marchaban. Él con

su flux color crema, bastante desgastado por el uso y su sombrero de Panamá algo desluchado, corbata y sus bigotes blancos, entrecasados y ella también muy elegante, de vestido y pelo crespo recogido. Él, aunque muchos años mayor, siempre ayudaba por sus dificultades para caminar, también para comer y ella haciéndole cariño, siempre con una mirada dulce hacia su pareja. La relación de protección y cariño de su madre con ellos conmovió a Alberto y se le reconciliaba la imagen fuerte de ella, fuerte, con aquel carácter severo, preste a formarlo. Por un buen tiempo no se supo nada de esta cariñosa pareja. Un día sin que sonara el timbre de la casa, solamente golpearon la puerta y una voz temblorosa y bañada en llanto se escuchó desde la ventana: den porches ¡se me murió mi amor! ¡repetía varias veces. Cuando salieron todos a ver que sucedía, encontraron a Zoila agarrada de la reja de la ventana con lágrimas en los ojos y más delicada que nunca por los temblores involuntarios entodo el cuerpo. La mamá de Alberto la tomó de la mano y la sentó en una mesa para que comiera. La pasó para una habitación para que descansara y se quedó hospedada en su casa hasta que la señora hizo gestiones con unas marjas para que la aceptarían en un ancladero. Allí se fue con un equipaje preparado por la familia López. Al poco tiempo avisaron que se había ido de este mundo. Solo se le escuchó decir que su vida sin Winner no tenía razón de ser.

Al día siguiente de la consulta médica, aprovechando al máximo su gestión de salud en la Caracas, Alberto asistió a una cita extra con Carlos para tratar los temas más delicados, entre ellos, los asuntos de la política, cómo lo estaban afectando y lo tenían atormentado. La conversación comenzó con un balance de sus últimas imágenes de recuerdos, ayudado con los recorridos que había hecho por la ciudad y además continuó extendiéndose, a propósito de que siempre se le repetía esa combinación desafortunada de viajes por motivos de estudio con relaciones tormentosas de amigos, casi novias, pero ahora con derecho, después de aquella experiencia tan nefasta, que marcó su vida para siempre y que lo dejó que no quería volver a ver a aquella chica más ni en pintura. Como resultado de esa insatisfacción, quedó desenfocado hacia lo que realmente quería como pareja definitiva para estabilizar su vida afectiva. Inició la sesión enfocando la necesidad de cuadrar su aspecto sentimental dentro del marco político que estaba viviendo en aquella época y era irreparable de su vida personal. Por aquel entonces, a principios de los 70, fué telégrafo del saqueo de los primeros gobiernos democráticos,

la clase media decía a que los adcos eran de pinga porque robaban y dejaban robar, Luischi dijo a los pocos años que solo los pendegs pagan impuestos. Dejamos ir a Luischi y a Blanca Ibañez sin juicio político. En aquella época no salía de mi asombro, la pasividad de la clase media era impresionante. Ahora estamos en esta quinta república, Caldera le puso la banca presidencial a Chávez después que lo había puesto preso. Ahora éste en una supuesta democracia le entrega el país a Fidel Castro. El problema que veo es simplemente moral, si se entiende como poder, servir a la patria". Le confesaba todo esto a Carlos, como una especie de análisis torremante que se le venía a la cabeza a manera de descarga y frustración sobre la ética tan necesaria en esta época que nos estaba afectando a todos los venezolanos por igual, aunque habían muchísimos que no lo concientaban que eran "adcos en el rabor" y casi cómplices del chavismo. Aunque continuaba con su tema central, foco de su irregularidad – ¡Es verdad! Le comento Carlos – Había mucha corrupción e irresponsabilidades políticas, también económicas y más que todo sociales en la cuarta república, AD y Copei prácticamente promovieron algunas irregularidades administrativas en contabilidad, pero nada que ver a como está la situación en esta quinta república, es una desgracia absoluta lo que nos ha tocado como gobierno, es el propio comunismo derrota de democracia, con el agravante del narcotráfico, esto es absolutamente una narcodictadura. Aunque no puede negarse que una cosa confesó a lo otro.

Alberto salía después con varias muchachas a la vez, entre ellas una que era la que lo tenía patas para arriba por sus atracciones íntimas y se veía obligado a verla todos los días en una especie de atracción fatal. Por aquí entonces salían en grupo también con otros amigos en un mismo carro varias parejas para los auto cines, muchas veces pasaban coloados en la maleta, lo menos que hacían era ver películas. Aquello era pura besucazoadora y agoradora de todo, que terminaban en un movimiento del vehículo, que los de los carros vecinos reclamaban sobre todo cuando a veces se les quedaba pegada la corneta pisada con la rodilla del que manejaba con el cuerpo tumbado sobre el asiento. Otras veces desprendían la banaja de la fuente de soda que guardaban en la ventanilla con un zapato. Por aquí entonces su tío más estudioso, se fue a hacer un doctorado en California y lo invitó para que se viniera con él a ver si se entusiasma a seguir sus estudios por allá, considerando que aquí la universidad

continuaba allanada por el ejército. Al final sus padres accedieron a la recomendación del tío y le permitieron ir, aunque le sugirieron la posibilidad también de que en el Zulia era una buena opción para que siguiera sus estudios. De tal manera que se fue con su tío de vacaciones con el fin de que conociera la universidad de Berkeley, aunque si formalizaba alguna aplicación, también estaban de acuerdo. Algo bien confuso, que Alberto llegaba a entender bien el objetivo de sus proyecciones. Pocos días antes de salir de viaje se le presentó una situación muy particular por cuanto la relación con esta chica que lo trastornaba, aunque sin ningún formalidad que le fue ocupando cada vez más espacio y él de puro sentimental accedía con ciertas formalidades incomprensibles, desencadenaron una situación engorrosa, había un retardo en la regla de ella y la llevó para que se hiciera una prueba de embarazo, dio positivo. Una sorpresa desconcertante para él. Se le desbordaron tantos planes de su vida, sin embargo, más pudo su instinto de paternidad responsable y el sentimiento confuso de amor que sentía por aquella muchacha, Marlene, que a pesar de que Alberto continuó con sus preparativos de viaje con esa noticia retumbándole en la cabeza, no podía negar todo lo que se afectó sentimentalmente por cuanto creía que comenzaba a quererla. Justo en el aeropuerto, ya cuando se estaban despidiendo, ella le confesó en una situación que no estaba segura si él era realmente el padre de la criatura, que estaba sospechando que el verdadero progenitor era un novio anterior que había tenido en meses pasados. En eso llamaron para chequear por los parlantes y pasar al área de solo viajeros en las puertas de salida. De esa manera tuvieron que despedirse con un beso forzado. Aquellas vacaciones de Alberto con su tío por allá en los Estados Unidos, con una que pudiera quedarse, no presentaban perspectivas claras. Alberto no estaba seguro de la especialidad de su preferencia y las llamadas desde Caracas con excesos de sentimientos lo tenían aturrido, tanto con sus padres como con la muchacha embarazada. Si embargo sus días de vacaciones por allá en el norte fueron de mucho provecho, se inscribió en cursos para mejorar su inglés y asistió a conferencias científicas interesantes, también otras sobre arte y arquitectura. Aunque lo que más disfrutó, fueron los conciertos de música rock, que le fascinaron. A su regreso del viaje, Marlene lo fue a recibir, siempre estuvo muy pendiente de él y en su ausencia había logrado conquistar el corazón de sus padres. Quiénes comenzaron a entusiasmarse con la posibilidad de un futuro nieto, la barriguita ya no la escondía y comenzaba más bien a dejarla lucir, en una de

esas batallas largas tipo hindú fue para el aeropuerto aquel día. El recibimiento fue increíble, dejaron a los padres que se fueran por su lado y ellos se dieron una escapada para un hotel capitalino al pie de la montaña en el carro de ella y pasaron una noche completamente borrasaca a pesar de la barriguita, la cual no fue un estorbo para nada, todo lo contrario, le dio al apasionamiento un dejo original.

Ante esta confesión de Alberto de esa historia de su vida adolescente, Carlos quedó estupefacto, aunque aquello no era nada, lo mejor seguía a continuación: "¡Fíjate que sí, ella tenía razón, el chico nació y era idéntico a aquel novio que ella había tenido, al punto que el mismo muchacho a quien yo también conocía porque era del mismo grupo, lo reconocí. Lo que sí era cierto es que nosotros estábamos muy enamorados y a pesar de que este otro, fue a visitarla a la clínica y a llevarle un ramo de flores, ella a quien quería era a mí, debe cuenta de que, para completarlo de aseverar, agarró y le puso mi mismo nombre, Alberto José". Alberto hace una pausa, toma un sorbo de agua y continúa: "Su historia no se termina allí, la relación con Marlene siguió mejor todavía, ahora yo ejerciendo como padre sustituto, aquella condición fue conmovedora para ella y le dio un calor, agregó al apasionamiento. A tal punto que a los pocos meses surgió un nuevo embarazo del que no había ninguna duda de que era mío. Era mi primer hijo de verdad. Asociacio, mi hijo mayor, lo lo conocí". Aquella sesión terminó, Carlos lo acompañó hasta la puerta del edificio abajo y al darle la mano para despedirse, le hizo un último comentario: "Debes procurar, aprovechar que a tus hijos que se fueron los está yendo tan bien por allá, que te inviten y te pasen temporadas con ellos."

Alberto vuelve a casa con su esposa, en el pueblo donde vive, mucho más liviano

de sentimientos fuertes que le nublaban la mente y le producían un insuperable estrés. Hace un esfuerzo psicológico y al mismo tiempo económico, y comienza a poner en orden sus ideas y a asumir en la práctica las recomendaciones de su amigo y conserje psico terapéutico. Al poco tiempo, planeó un viaje de reencuentro con su hijo, el cual disfrutaron enormemente en familia. Al año siguiente igualmente salieron también y lograron visitar al hijo que había comenzado a trabajar y le estaba yendo muy bien en Argentina. Y así alternaron varios años visitas para compartir con todos los seres queridos.

Pasó mucho tiempo sin volver a la capital, solo se enteraba de los asuntos de su ciudad natal por los grupos de WhatsApp de los amigos del colegio. Sortearon la crisis que cada día se acentuaba más su esposa y él. Una tarde, ella, por cierto, le preguntó: –¿Cómo es que se llama tu amigo psicólogo? – ¡Te refieres a Carlos? – Se llama Carlos Arciniega. En el chat de las amigas de mi colegio están comentando sobre la muerte de alguien que se llama igual. – ¿Seguro? ¡No puede ser que se haya muerto Carlos! – ¡Voy a llamar a su casa para ver si esa noticia es cierta! Inmediatamente llama a su casa y su esposa le confirma la terrible sorpresa. – ¡No puede ser señora, ¡hombre muchísimo esa noticia tan terrible para ustedes y a mí también me afecta profundamente! ¿Y que le pasó a Carlos? ¡Tú sabes Alberto que Carlos se había afectado mucho con esta situación del país, él detestó siempre este gobierno! Sí, claro, siempre lo comentábamos, de esta desgracia de gobierno que nos había tocado. – Sí, pero lo que más lo afectó fue la muerte de Carlos Enrique, nuestro hijo mayor que murió en Londres. – ¡No puede ser! ¿Cuándo fue eso? – Eso fue hace cuatro años. – que extraño, que Carlos y yo nos reíamos, la última vez fue hace dos años y no me dijo nada. – Carlos era muy reservado Alberto. Se tragaba todas las malas noticias y no las hablaba con nadie. Aquí mi hijo, nuestro yerno y yo, hicimos lo imposible por llevarle el ánimo, pero fue imposible. – ¡Que lamentable! ¡No sabe cuánto lo siento! ¿Y cómo sucedió lo de Carlos Enrique? – Carlos Enrique murió de Amor. Dos años antes había muerto su esposa por allá también de una enfermedad rarísima. Ellos eran el uno para el otro. Ella era además de su esposa, su confidente, su socio, su promotor y vendedora de sus obras de arte ¡¡ Aquello era una relación de Amor por excelencia! – en lo que esa muchacha murió, ese niño se echó a morir. Fuimos para estar con él, nos lo trajimos un tiempo para acá, Carlos le hacía todas las motivaciones posibles, pero nada pudo contra su voluntad de que lo que

quería era estar de nuevo con ella en el otro mundo y así fue! Si estuvieras aquí en Caracas, te invitara para que vieras porque le estamos haciendo una ceremonia esta tarde a Carlos con las cenizas que las tengo aquí y unas velas, habrá una misa con un padre amigo de la casa. Voy a exponer también todos los cuadros que tengo aquí de Carlos. Entrego para que inspiren el acto. Los acompaño con el sentimiento, lamentablemente no voy a poder estar allí. Pero estaré con ustedes en el pensamiento.

Ante aquella tristeza que lo consumió por varios días, Alberto no pudo más que dar un paseo en su imaginación por las diferentes reuniones que tuvo con Carlos. Desde que se concieron cuando le llevó por primera vez a uno de sus hijos pequeños con páncos nocturnos. Hasta sus últimas reuniones. Se recordaba los libros que le recomendó de Heráclito, de Eric Fromm, de Ferrando Sabater, El Prólogo del I Ching de Carl Jung y de tantos autores interesantes. También las escenas de su infancia lejana, dolorosas pero esclarecedoras...

Aquel martes, las chicharras continuaban estridentes todavía en el jardín de aquella quinta de estilo español con friso rústico nevado pintado de blanco, rejas de madera oscuras barnizadas. Higinio y Martínez estaban en el jardín trabajando, cada uno en sus quehaceres. Los Kreisman estaban durido los últimos días, en la cena del comedor. Emilia tenía la casa que brillaba y fue quien abrió la puerta porque sintió cuando el carro entró al garaje. Le tocó recibir la noticia en una escena que no olvidará. Los señores de la casa con Alberto que venía dormido cargado por su padre. Al verlo en el porche, la señora con lágrimas en los ojos le hace señas de silencio para que no se despertara el niño, a quien se lo llevó su padre al cuarto para ponerlo en la cuna. De regreso, todos se congregan en el recibí. Los señores con Emilia, los Kreisman, Higinio y Martínez. Ella, desencajada y bañada en lágrimas se les queda mirando y les manifiesta su agradecimiento por todo lo que habían hecho y les expresó, jamás ni se nos fue como un angelito! Hubo un error en la sangre de la transfusión que le pusieron. La tristeza entonces fue colectiva, las lágrimas se les salieron a todos. El señor tampoco pudo contener su llanto. Alberto no estaba presente, pero sus sentidos pudieron captar todo lo que sucedía, porque con lujo de detalles se lo había contado a Carlos.

Cayó completamente la tarde, del estruendo de las chicharras solo siguieron como un eco los cantos de sus primos los grillos al anochecer. Como un regalo de

la naturaleza se desprendió un delicado olor a mangos, de las tres matas que estaban cargados, esa noche estrellada de agosto de 1964.

"Siguiendo la tradición pitagórica, las estrellas hacen música y los grillos son los encargados de interpretarla"

Es grande el cielo

Y arriba sientan mundos

Imperturbable,

Prosigue en tanta noche

El grillo berbiquí

Con esto Octavio Paz siguió contando que, en una ocasión, hacía ya muchos años, mientras contemplaba con asombro el cielo estrellado, se dejó envolver por el mantra nocturno de un grillo, lo que lo llevó a escribir un tanka. Poema escueto de tradición japonesa con el que recibió aquel preciso instante...

Lo relató en el acto cuando recibió el Premio Nobel